



Director Pelayo Terry Cuervo  
Subdirectores Oscar Sánchez Serra y Gustavo Bocerra Estorino (a cargo de Granma Internacional). Subdirector administrativo Claudio A. Adams George

Redacción y Administración General  
Suárez y Territorial, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba.  
Código Postal 10699. Zona Postal La Habana 6. Apartado Postal 6187

Teléfono 881-3333  
e-mail: lectores@granma.cu  
Impreso en el Combinado Poligráfico Granma  
ISSN 0864-0424

## hoy en la historia

1823 Muere Antonio Nariño, patriota de la independencia colombiana. >>  
1958 Un pelotón de la Columna No. 12 Simón Bolívar del IV Frente, vuela el puente sobre el río Jobabo, que divide a las provincias de Camagüey y Oriente.

13 de diciembre



# Trinidad, la consentida del tiempo

Próxima a cumplir cinco siglos de fundada, la llamada ciudad museo del Caribe celebra también por estos días cinco lustros de haber sido inscrita en la lista del patrimonio mundial

JUAN ANTONIO BORREGO

TRINIDAD, Sancti Spíritus.—La ciudad de Trinidad nació, creció y se desarrolló tan al margen del resto del país, que cuando José Antonio Saco comenzó a soliviantar con sus ideas políticas a la juventud habanera, ya bien entrado el siglo XIX, al capitán general de la siempre fiel isla de Cuba, Don Miguel Tacón y Rosique, no se le ocurrió mejor salida para el muchacho revoltoso que ordenar su destierro hacia este lugar del centro sur de la Isla.

Tercera urbe más importante del país al terminar el siglo XVIII, con calles empedradas desde 1817, alumbrado de aceite desde 1838 y comunicación ferroviaria con su puerto desde 1856, la gran ciudad, incluso todavía en medio del esplendor que le garantizó el boom azucarero de décadas precedentes, ya comenzaba a insinuar las primeras señales de una decadencia que trascendería la centuria.

La investigadora Alicia García Santana, que ha estudiado como pocos el entorno trinitario, considera que la fractura económica de la comarca sobrevino con el agotamiento de las posibilidades del hoy llamado Valle de los Ingenios, situación que se agravó con la fuga de capitales hacia otras regiones más promisorias (Sancti Spíritus, Sagua la Grande y sobre todo, Cienfuegos) y el apoyo de los trinitarios a la gesta emancipadora de 1868.

“El último cuarto del siglo XIX fue pavoroso —escribe García Santana—: se paralizó el tráfico comercial del puerto, cesó de circular el ferrocarril, quebró la Compañía de Alumbrado Público, terminaron las representaciones en el teatro Brunet... Trinidad quedó reconcentrada en sí misma, sin recursos con qué modificar sus edificios, el empedrado de sus calles, su fisonomía y ambiente urbanos”.

### ANACRÓNICA Y VULNERABLE

¿Cómo salvar del deterioro y de los peligrosos vientos de la modernidad esta reliquia, anacrónica y vulnerable, ahora instalada en pleno siglo XXI? La pregunta viene espoliendo a los círculos intelectuales, a las autoridades locales y del país y a la propia población desde hace muchos años.

Investigadores trinitarios han revelado la existencia de una carta fechada en 1912 y considerada por ellos el primer texto en defensa del patrimonio edificado de la ciudad, en la cual el patriarca Saturnino Sánchez Iznaga protestaba ante las autoridades por el atropello que significaba la demolición del palacio Béquer.

En tiempos de la República el ingeniero e historiador Manolo Béquer sentaría pautas a favor de la preservación de la otrora villa, primero concientizando a personalidades de la cultura cubana sobre la importancia de descubrir y proteger la ciudad y luego, desde la asociación pro-Trinidad, creada hacia 1942, dando batalla no solo por la conservación de las edificaciones patrimoniales, sino también por insertar la localidad en el concierto nacional.

El historiador Emilio Roig de Leuschenring publica en 1942 el artículo **Cuba por Trinidad**,



La emblemática Plaza Mayor, símbolo de la ciudad trinitaria. FOTO: ALEXANDER DOMÍNGUEZ

**Trinidad por Cuba**, en el cual defiende el rescate de las riquezas trinitarias, un llamado que colapsó frente a la falta de apoyo oficial, que mantuvo a la región sin comunicación terrestre con Sancti Spíritus y Cienfuegos hasta mediados de los 50, cuando se construye el Circuito Sur y posteriormente el sanatorio para tuberculosos y la carretera a Topes de Collantes.

Estudiosos coinciden en que el innegable aporte de Manolo Béquer y de la asociación pro-Trinidad marcó sin duda un cambio en el panorama decadente heredado de fines del siglo XIX y más que todo, ayudó a forjar el sentimiento de preservación de los valores patrimoniales, pero ello no pudo impedir que la ciudad llegara a la Revolución en un estado ruinoso.

Víctor Echenagúsia, especialista de la Oficina del Conservador de Trinidad y el Valle de los Ingenios y voz autorizada en la materia, reconoce que incluso en tiempos muy duros para la región como la llamada lucha contra bandidos, desarrollada en la cordillera del Escambray entre 1959 y 1965, o durante el periodo especial, la conservación de la ciudad ha constituido una prioridad innegable.

La creación de la Oficina de Restauración anexa a la dirección de Cultura; el nombramiento, en 1967, de Carlos Joaquín Zerquera y Fernández de Lara como Historiador de la Ciudad; el inventario de los bienes patrimoniales; la celebración desde 1974 de la Semana de la Cultura, experiencia que luego se extendería al resto del país; y la salvación, a orillas de la Plaza Mayor, del Palacio de los Condes de Brunet, marcaron hitos en el territorio.

Luego sobrevendrían dos momentos trascendentales para la suerte del patrimonio local: la creación, el 28 de marzo de 1997, de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Trinidad y la posterior inclusión del centro histórico trinitario

y el Valle de los Ingenios en la lista del patrimonio mundial, el 8 de diciembre de 1998.

### UN PATRIMONIO EXCEPCIONAL

Palacios ostentosos, pinturas murales, torres y campanarios, rejas traídas exclusivamente desde Nueva Orleans, aleros de tornapunta y empedrados con auténticas chinas pelonas sobreviven en Trinidad gracias a la paciente labor de estudio, conservación, restauración y promoción de una ciudad reliquia, que al decir de Alicia García Santana constituye “un relevante testimonio patrimonial del país y uno de los más representativos del Caribe”.

El esfuerzo no resulta fácil cuando se trata de un centro histórico urbano que abarca 50 manzanas y cuenta con más de 2 000 edificaciones, en su gran mayoría viviendas representativas de la arquitectura doméstica de los siglos XVIII y XIX, a 83 de las cuales se les ha conferido el Grado de Protección I, más los 73 sitios arqueológicos y ruinas arquitectónicas del Valle de los Ingenios.

Precisamente el programa emprendido a propósito de la celebración, el próximo 12 de enero, del medio milenio de fundada la villa incluyó beneficios para los Museos de Arqueología, Arquitectura, de Historia, de Lucha Contra Bandidos (LCB) y Romántico, el inicio de los trabajos en el Palacio Iznaga, la recuperación de las llamadas Casas Malibrán, Frías y el edificio de Amargura 85, así como la reparación de empedrados, resane, mejoramiento y pintura de fachadas en calles emblemáticas.

En el Valle de los Ingenios, por su parte, se viene laborando en diversos viales, en la recuperación de la casa hacienda de Guáimaro, el mantenimiento de la pintoresca torre de Manaca Iznaga, la conservación de las ruinas de San Isidro de los Destiladeros y el raleo de vegetación indeseable.

### A LA SOMBRA DEL TURISMO

Cuando hace 25 años la Convención Internacional de Patrimonio de la UNESCO acordó en Brasilia, la inclusión de Trinidad y su Valle de los Ingenios en la lista del patrimonio mundial, ni la ciudad era el hervidero turístico que es hoy, ni las plantaciones azucareras de su entorno se encontraban amenazadas por una transformación económica que a la postre conduciría a su desaparición.

Como si el organismo internacional hubiera estado leyendo el futuro de la región, la propia Declaratoria de Patrimonio de la Humanidad incluyó dos recomendaciones anticipadas: la primera de ellas subraya la necesidad de proteger el Valle de cualquier medida que altere “su integridad ecológica y constructiva”; la segunda —y no menos importante— demanda un desarrollo del turismo “sin que los conjuntos declarados sufran modificaciones y usos inadecuados”.

Expertos en la materia consideran que aprovechar de manera inteligente los atributos históricos y culturales preservados en función de atraer y desarrollar el turismo sin que este altere la integridad de aquellos, constituye para los trinitarios de hoy acaso una suerte de partida de ajedrez en la que cada movimiento debe pensarse y repensarse cuidadosamente para no caer en el vacío.

La conveniencia o no de proteger el patrimonio a la sombra del turismo ha sido pasto para controversias desde que surgió la idea en tiempos de la República hasta hoy, sin embargo el bando de los que apuestan por sostener una “ciudad pura” cada día pierde seguidores, por no decir que ha dejado de existir.

Junto al creciente desarrollo del turismo estatal, en Trinidad conviven hoy más de 850 hoteles y alrededor de 400 cafeterías y paladares reconocidos oficialmente, la mayor parte de ellos anclados en la zona patrimonial, un privilegio que si bien aporta ingresos no despreciables al municipio —el plan de recaudación tributaria del 2013 asciende a 30 millones de pesos—, también acarrea preocupaciones a los responsables de mantener el orden.

Especialistas de la Oficina del Conservador hacen una doble lectura del asunto: de un lado resulta obvio que la solvencia económica generada a propósito de estos negocios puede repercutir a favor del patrimonio edificado; del otro, que si dichas acciones no son bien conducidas, pueden convertirse en un *boomerang* para la ciudad.

“Hemos identificado tendencias preocupantes con el uso de las azoteas y la proliferación de pérgolas y toldos —ha reconocido Blanca Pérez Bravo, directora técnica de la Oficina—, pero estamos enfrentando las violaciones, que por suerte son reversibles”.

Para Víctor Echenagúsia sería imperdonable que la actual generación no hiciera hasta lo imposible por salvar Trinidad, una ciudad, según él, hecha a escala humana, “donde todo es holgado, donde los edificios no te aplastan, hay un motivo de sorpresa a cada instante y hasta la luz es diferente”.